

tuvo un amante. Soy yo quien te lo afirmo, y tú sabes que yo nunca miento.

Bruscamente marchó hacia la carretera con los poderosos hombros encogidos. Gonzalo ni se movió. Una palabra pasara irreparable en el silencio de la noche y de la luna, y el alto sueño que él construyera sobre doña Ana y su belleza y sus doscientos mil duros se despeñaba en el polvo. Lentamente subió y penetró en la sala. Por cima de la llama alta de la vela, en un cuadro fosco, había una cara seca, amarillenta, de altivos bigotes negros, que se inclinaba atenta, como mirando, y lejos Videiriña esparcía por los campos adormecidos los ingenuos versos celebrando la inmensa gloria de la casa ilustre:

Que sólo en Payo Ramires
pone ahora el mundo esperanza
que junte á sus caballeros
y que salve al Rey de Francia.



X

PASEANDO por el cuarto hasta bien avanzada la noche, Gonzalo removió la amarga certeza de que en toda su vida (casi desde el colegio de San Fidel) cesara de padecer humillaciones, que nacían siempre de cosas tan sencillas, tan seguras para cualquier hombre como el vuelo para cualquier ave; sólo para él constantemente terminadas en dolor, vergüenza ó pérdida. En los comienzos de la vida escoge un confidente, un hermano que en seguida se apodera del corazón de Graciña, é injuriosamente la abandona. Después concibe el deseo, tan corriente, de penetrar en la política, é inmediatamente el acaso le fuerza á rendirse, á acogerse á la influencia de ese mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestado por él durante todos esos años de despecho. Después abre al amigo la puerta de los Cuñaes, confiando en la seriedad y en el orgullo de la hermana, y la hermana se abandona al antiguo seductor, sin lucha, la primera tarde que

tropieza con él en la sombra favorable de un jardín. Ahora piensa en casar con una mujer que le ofrecía una gran belleza y una gran fortuna, é inmediatamente un compañero de Villa-Clara pasa y le dice: «La mujer que escogiste, Gonzalo, ha tenido ya varios amantes.» Realmente el destino se cegaba en él con desmedido rencor.

— ¿Y por qué? — murmuraba Gonzalo quitándose melancólicamente la chaqueta —. En vida tan corta tanta decepción, ¿por qué?

Cayó en el vasto lecho como en una sepultura. Enterró la faz en la almohada, suspirando; enternecido suspiro de piedad ante aquella suerte, tan contrariada. Recordaba el presuntuoso verso de Videiriña, cantado esa misma noche:

Vieja casa de Ramires,
honra y flor de Portugal.

¡Cómo marchitara la flor y cuán mezquina era ya la honra! ¡Y qué contraste el del último Gonzalo, encogido en su rincón de Santa Ireneia, con esos grandes abuelos Ramires cantados por Videiriña, todos ellos, si la historia y la leyenda no mentían, de vidas tan triunfales y sonoras! No, ni siquiera heredara de ellos la cualidad heredada por todos á través de los tiempos: el valor. Su padre había sido todavía un Ramires temido, que en la terrible pelea de la romería de Riosa avanzó con un quitasol contra tres carabinas engatilladas. Pero él, allí en el secreto del cuarto, bien

podía gemir su miedo, esa irremediable flaqueza de la carne que irremediamente ante un peligro, una amenaza ó una sombra le obligaba á retroceder y á huir. A huir de Casco; á huir de un malandrín, que en una carretera, y después en una taberna, le insulta sin motivo, simplemente para ostentar valentía y matonismo. ¡Ah, carne espantadiza y vergonzosa!

¿Y el alma? En esa callada sombra del cuarto bien podía también reconocer, gimiendo, que la misma flaqueza le encogía el alma. Era esa flaqueza que le abandonaba á cualquier influencia, y por ella era llevado como una hoja seca por cualquier brisa. Una tarde, la prima María le aconseja por detrás de un abanico que se interese por doña Ana, y en seguida él, lleno de esperanza, levanta sobre el dinero y la belleza de doña Ana una presuntuosa torre de ventura y de lujo. ¿Y la elección? ¿Quién lo empujara hacia la elección y hacia la reconciliación indecente con Cavalleiro y hacia los disgustos de ahí emanados? Gouveia, con leves argucias murmuradas por cima de una bufanda desde la tienda de Ramos hasta la esquina del Correo. Pero, ¿qué más?, si hasta dentro de su Torre era gobernado por Benito, que le imponía gustos, dietas, paseos, opiniones y corbatas. Hombre de tal naturaleza, por bien dotado que esté de inteligencia, es masa inerte, á la que el mundo constantemente imprime formas diversas y contrarias. Juan Gouveia

hiciera de él un candidato servil. Manuel Duarte podría hacer de él un bebedor inmundo. Benito fácilmente le haría ponerse en el cuello, en vez de una corbata de seda, un ronزال. ¡Qué miseria! Porque el hombre sólo vale por la voluntad, y sólo en el ejercicio de la voluntad reside el gozo de la vida. Porque la voluntad bien ejercida encuentra en torno sumisión, y entonces es la delicia de un dominio sereno; ó encuentra en torno resistencia, y entonces es la delicia mayor de la lucha incesante. Sólo no sale gozo viril de la inercia que se deja arrastrar mudamente, en silencio, maleable como la cera. Pero él, descendiendo de tantos varones famosos por el querer, ¿no conservaría escondida en su alma, como una brasa bajo ceniza, una partícula de esa energía hereditaria? Tal vez nunca, en ese encogido vivir de Santa Ireneia, resaltaría una llama intensa. No, ¡pobre de él! Hasta en los movimientos del alma, donde todo hombre realiza la libertad pura, él sufría siempre la opresión de la suerte enemiga.

Suspiró de nuevo, enterrándose y escondiéndose bajo la ropa. No adormecía, y la noche terminaba. Ya el reloj sonara en el corredor las cuatro, y entonces, á través del confuso cansancio de tantas tristezas revueltas, Gonzalo percibió entre las sombras del cuarto, destacándose pálidamente, semblantes que pasaban. . .

Eran rostros muy antiguos con desusadas barbas ancestrales, con cicatrices de feroces hierros;

unos todavía flameando como en el fragor de una batalla; otros sonriendo majestuosamente; todos dilatados por el uso soberbio del mandar y del vencer. Gonzalo, espiando por sobre el embozo de la sábana, reconocía en esos semblantes las verídicas facciones de los viejos Ramires, contempladas ya en los renegridos retratos, concebidas por él, como concibiera la de Tructesindo, en concordancia con el esplendor de sus hechos.

Gonzalo no dudaba de la realidad maravillosa. Sí, eran sus abuelos Ramires, sus formidables abuelos históricos, que desde sus tumbas dispersas corrían y se juntaban en la vieja casa de Santa Ireneia, nueve veces secular, y formaban en torno de su lecho, del lecho en que él naciera, como la asamblea majestuosa de su raza resurgida, y hasta reconociera á algunos de los más esforzados, que ahora, con el repasar constante del poemeto del tío Duarte, le andaban por la imaginación.

Aquel de brial blanco era Gutierrez Ramires, *el de Ultramar*, como cuando corría al escalo de Jerusalén. En el otro, tan viejo y hermoso, que extendía el brazo, adivinaba á Ega Ramires, negando acogida en su puro solar al rey D. Fernando y á la adúltera Leonor. Ese de crespas barba rubia, ¿quién sería sino Diego Ramires, *el Trovador*, alegre aún como en la radiante mañana de Aljubarrota? Delante de la incierta claridad del espejo temblaban las fofas plumas del morrión

de Payo Ramires, que se armaba para salvar á San Luis, rey de Francia. Levemente balanceado como por las ondas humildes de un mar vencido, Ruy Ramires sonreía á las naves inglesas que ante la proa de su capitana sumisamente amainaban por Portugal, y recostado, junto al lecho, Pablo Ramires, paje del rey en los campos fatales de Alcacer, sin yelmo, rota la coraza, inclinaba sobre él su faz, con la dulzura grave de un abuelo enternecido.

Entonces, ante aquella ternura del más poético de los Ramires, Gonzalo sintió que su ascendencia toda lo amaba, y que de la obscuridad de sus tumbas dispersas acudía para velarlo y socorrerlo en su flaqueza. Entonces, gimiendo dolorosamente, contó á sus abuelos resurgidos la malaventurada suerte que lo combatía, y que amontonaba sin descanso sobre su vida tristezas, vergüenzas y derrotas. Súbitamente un hierro brilló en la sombra y oyóse un hablar opaco: «Nieta, dulce nieta, toma mi lanza nunca partida.» Y luego el puño de una espada le rozó el pecho con otra voz grave que lo animaba: «Nieta, dulce nieta, toma la espada de Ourique.» Y después un hacha batió en la almohada, ofrecida con altivez. «¿Qué no derribará esa hacha que derribó las puertas de Arcilla?»

Como sombras llevadas por un viento transcendente, todos los abuelos formidables pasaban y le tendían sus armas probadas en las correrías

contra la morisma, en los cercos de castillos y villas, en las batallas contra el castellano, en toda la historia. En torno del lecho relucían heroicamente hierros, y todos gritaban: «¡Nieta, toma nuestras armas y vence á la suerte enemiga!» Pero Gonzalo, mirando tristemente las sombras ondeantes, contestó: «¡Abuelos!, ¿de qué me sirven vuestras armas si me falta vuestra alma?»

Despertóse muy temprano, con el vago recuerdo de una pesadilla en que hablara con muertos, y sin la pereza que siempre le detenía en la cama, púsose un ropón y abrió de par en par las vidrieras. ¡Qué hermosa mañana!, una mañana de fines de Septiembre; ni una nube manchaba al vasto é inmaculado azul, y el sol ya se posaba en los árboles y en los oteros distantes con una dulzura otoñal. El espíritu de Gonzalo permanecía entoldado de sombras, como nieblas en un valle muy hondo, y arrastrando tristonamente las chinelas, tiró del cordón de la campanilla. Benito no tardó con la infusión de agua caliente para la barba, y, acostumbrado al alegre levantarse del hidalgo, extrañó aquel silencioso pasear por el cuarto, preguntando si el señor doctor pasara mal la noche.

— Pésimamente.

Benito declaró con vivacidad y reprobación que seguramente hiciera mal, señor doctor, en beber tanto cognac de moscatel. Cognac muy fuerte, muy excitante; bueno para el Sr. D. Anto-

nio, que es un hombre pesado; pero el señor doctor, tan nervioso, no debía tocar nunca aquel cognac, y de tomar media copa escasa.

Gonzalo levantó la cabeza sorprendiéndose de encontrar al comienzo del día aquel tan flagrante dominio que todos sobre él se arrogaban, y de que él tanto se lastimara durante la amarga noche. Benito imponía su ración de cognac.

— El señor doctor bebió más de tres copas, y eso no le conviene. Yo también tuve la culpa por no quitarle la botella.

Entonces, ante despotismo tan declarado, el hidalgo tuvo una contestación brusca:

— Hombre, no dictes tantas leyes; bebo el cognac que necesito y que quiero.

Al mismo tiempo, con la punta de los dedos, probaba la infusión de agua.

— Esta agua está templada, y ya estoy harto de decir que para la barba necesito siempre agua hirviendo.

Benito metió gravemente el dedo en el agua:

— Pero si esta agua está casi hirviendo, y para la barba no se necesita más caliente.

Gonzalo miró á Benito con furor, rechazando aquellas objeciones.

— Pues vete inmediatamente á buscar otra agua. Cuando pida agua caliente quiero que venga hirviendo. Yo no necesito moral, necesito obediencia.

Benito contempló á Gonzalo espantado. Des-

pués, lentamente, con dignidad, empujó la puerta llevando la infusión. Ya Gonzalo se arrepentía de su violencia. No era culpa de Benito el que su vida estuviese tan estragada. Además, que en casa tan antigua, no desentonaba la tradición de los antiguos ayos, y Benito reproducía con perfecto rigor su lealtad.

Volvió Benito, todavía bermejo é hinchado, con la infusión humeante, y Gonzalo, para congraciarse, díjole dulcemente:

— Día muy lindo, ¡eh, Benito!

El viejo rezongó entristecido:

— Muy lindo.

Enjabonábase Gonzalo rápidamente el rostro en la impaciencia de restablecerle á Benito la supremacía:

— Pues si encuentras el día así, doy un paseo á caballo antes del almuerzo, ¿qué te parece? Tal vez me siente bien para los nervios. Con efecto, aquel cognac no me conviene. Entonces, Benito, haz el favor de gritarle á Joaquín que me tenga la yegua lista inmediatamente. Y en el baño ahora el agua bien caliente, ¡eh! Calma mucho el agua caliente; por eso necesito siempre el agua bien caliente, hirviendo; pero tú, con esas ideas viejas. . . Todos los médicos lo declaran: para la salud agua caliente, bien caliente, á 60 grados.

Después del baño, mientras se vestía, abrió más familiarmente al viejo ayo la intimidad de sus tristezas.

— ¡Ay, Benito! Lo que yo verdaderamente necesitaba para calmarme no era un paseo, era un viaje, Tengo el alma muy ensombrecida y estoy harto ya de esa eterna Villa-Clara, de esa eterna Oliveira, donde no hay más que deslealtad y murmuración.

Benito, reconciliado ya y enternecido, recordó que el señor doctor encontraría brevemente en Lisboa distracción en las Cortes.

— ¿Sé yo si voy á las Cortes, hombre? No sé nada; aparte de que no es Lisboa lo que necesito. Es un viaje inmenso á Hungría, á Rusia, á las tierras donde haya aventuras.

Benito sonrió, y presentando al hidalgo una chaqueta cenicienta:

— Con efecto, en Rusia parece que no faltan aventuras. Andan todos á palos, según dice *El Siglo*. Pero aventuras, señor doctor, hasta se encuentran en las carreteras. Mire: el padre de vuestra excelencia, que Dios haya, fué allá abajo, delante del Portón, donde tuvo la bulla con el doctor Avelino de la Riosa.

Gonzalo poníase los guantes mirando al espejo:

— ¡Pobre papá! También tuvo poca suerte... Benito, trae acá el bastón que limpiaste ayer.

Al salir del portón, el hidalgo de la Torre dirigió la yegua por la carretera acostumbrada de los Bravaes. Mas en el Casal nuevo, donde dos pequeños jugaban á los bolos debajo de los casta-

ños, pensó en visitar al vizconde de Río Manso.

Gonzalo recordaba confusamente que la terraza de la *Varandiña* dominaba una carretera plantada de chopos, entre el lugar de Cerdal y la dispersa aldea de Canta-Piedra, y tomó el camino viejo que baja del Casal nuevo y penetra en el valle, entre el Cabezo Avellán y las ruinas del monasterio de Rivadaes, en el suelo histórico donde Lopo de Bayao derrotara á la mesnada de Lorenzo Ramires... Ora enterrada entre vallados, ora entre toscos muros de piedra suelta, la vereda seguía sin belleza y pesada; las madre-selvas, que ponían una nota blanca en los bardales, entre las moras maduras, perfumaban el aire; el silencio recibía más frescura y gracia del ale-tear de los verderones; y era tan radiante el azul en los cielos serenos, que algo de su brillo y serenidad se iba depositando en el alma. Gonzalo no se apresuraba: en la iglesia de los Bravaes, cuando pasaba el Casal nuevo, daban las diez, y después de rodear un prado de hierba amarillenta, paróse á encender un cigarro junto al viejo puente de piedra del riachuelo de las Donas. Casi seco por el estío, el agua oscura apenas corría bajo las hojas largas de los nenúfares y por entre los juncales. Más adelante, al abrigo de unos álamos, relucían las piedras de un lavadero. En la otra margen, dentro de un viejo bote encallado, un muchachito y una muchachita conversaban, con dos manojos de flores en los regazos.

Gonzalo sonrió del idilio. Después tuvo una sorpresa descubriendo en el cuñal del puente su blasón de armas: un azor negro, enorme, que alargaba las garras feroces. Tal vez aquellas tierras en otro tiempo perteneciesen á su casa, y alguno de sus abuelos construyera el puente sobre el río, entonces más hondo, para seguridad de hombres y de ganados. ¿Quién sabe si el abuelo Tructesindo, en memoria piadosa de Lorenzo Rámires, vencido y cautivo en las márgenes de aquella ribera?

El camino más allá del puente seguía por entre campos labrados. Los manzanos brillaban al sol de la mañana, pesados, como una bendición en aquel año de hartura. A lo lejos, de los tejados bajos de una aldehuela, vagarosos humos subían deshechos en el cielo radiante, y lentamente, como aquellos humos distantes, Gonzalo sentía que todas sus melancolías le salían del alma y se perdían en el azul de la mañana. Unas perdices levantaron el vuelo de entre el rastrojo. Gonzalo galopó sobre ellas gritando, sacudiendo su bastón que se ceñía como una fina lámina de acero.

Al poco tiempo el camino torció rodeando un soto. Después seguía entre lajas y pedruscos, y al fondo el sol brillaba sobre la cal fresca de una pared. Era una casa con puerta baja entre dos ventanas vidrieras, remiendos nuevos en el tejado y un huerto que una inmensa higuera som-

breaba. De una esquina partía un muro bajo de piedra continuado por una sebe; más allá, por una talanquera vieja, entrábase en la sombra de una enramada. Por frente pasaba una carretera que pareció á Gonzalo la de Ramilde. Más allá, había algunos casales esparcidos. Sentado en un banco, junto á la puerta, con una escopeta recostada en el muro, un rapaz de boina verde acariciaba pensativamente el hocico de un perdiguero. Gonzalo paróse:

— ¿Tiene la bondad de decirme el buen camino para la quinta del señor vizconde de Río Manso?

— Para la quinta de Río Manso siga por la carretera hasta esa loma, y después á la izquierda, todo seguido. . .

En ese instante asomó á la puerta un hombrón en mangas de camisa, con la cintura enfajada en seda. Gonzalo, sobresaltado, reconoció en él al cazador que lo injuriara en la carretera de Nacejas. El hombre miró imperiosamente al hidalgo. Después díjole al rapazote:

— Manuel, ¿qué tienes tú que enseñar el camino, hombre? Este camino no es para asnos.

Gonzalo sintió que toda la sangre se le removía en el corazón en un tumulto confuso de miedo y de rabia. Afirmóse en el sillín para galopar, y temblando y esforzándose:

— Usted es muy atrevido y ya va por la tercera vez. Yo no soy hombre que busque peleas;